

Había una vez

Sábado a la noche. Tarde para salir, temprano para irse a dormir. Pena, soledad. En la casa de sus padres, Leticia no tiene sueño y tampoco se le ocurre qué hacer para matar el tiempo.

Papá y mamá se acostaron temprano, y Julio, su hermano menor, salió de farra con sus amigos. ¡Suertudo, 16 años; la mejor edad!: cumpleaños, fiestas, todo joda. En fin; los jovencitos parecen no tramitar los duelos como los mayores. ¿Será inconsciencia, o quizá solo inmadurez? Vaya uno a saber. ¿Y qué nuevas aboliciones nos deparará el ya cercano siglo XXI? ¡Hoy en día, los de 21 años como yo, ya casi no calificamos como jóvenes! – piensa melancólicamente. ¡Ah, si estuviera el nonno ahora conmigo! Seguramente se le ocurriría de qué conversar; y si no, fija que inventaba algo para hacer juntos... ¡Cómo te extraño nonnino!

Desganada, indecisa, se pone de pié y deambula a la deriva por el living.

Seis meses ya y todavía no termina de creerlo. No puede ser posible; el nonno era inmortal. Cómo podría no serlo, si estaba en todos los momentos en que lo necesitaba, en los precisos, en los de las penas, las decepciones, los reveses de la vida, con la palabra oportuna, el guiño cómplice, el apoyo incondicional. Como aquella vez cuando el acto del 20 de junio en el cuarto grado de la primaria; en su primer desfile como abanderada de la escuela. Nadie de la familia fue a presenciarlo. El padre, siempre ocupado atendiendo en el consultorio o haciendo alguna visita de urgencia a domicilio; la madre, abúlica y aplastada en su cama rumiando su depresión y sus quejas a la vida; los abuelos maternos lejos como siempre y los tíos y primos en lo suyo. Solo él. Siempre con su traje gris algo empañado – el único que tenía – pero que en su figura, parecía siempre recién comprado. “Eretti, sempre eretti” (siempre erguido), tal como le inculcaba a los nietos varones desde que aprendieron a caminar. De corbata y sombrero – todavía había quienes lo usaban en aquella época – con el ala apuntando como flecha hacia el motivo de su orgullo: su nieta. “¡Qué suerte que viniste nonno! “... era la descarga luego de terminado cada acto, cada ceremonia patria, brinco de por medio hacia los brazos siempre listos. Y el broche de oro con su certidumbre de adoración irrestricta: “¡Cara, cara... sei la piú bella da tutte!”

¡Qué suerte eso de tener a quien abrazar a la hora de los festejos! A quien dedicarle tanto esfuerzo, tantas horas de sacrificio. ¿Qué hubiera sido de ella sin el nonno? Infaltable año tras año, no se perdía un acto de sus nietos ni estando enfermo.

Pero la más lindo de su vocación de padrazo eran sus cuentos; ¡los apasionantes cuentos del nonno!

¡Qué bueno que en aquella época de la infancia no había cablevisión en la provincia, ni, por supuesto, telefonía celular! ¿Sería posible hoy que los niños cambiasen la tele o la PC por los cuentos de un abuelo? – pensaba abstraída.

El nonno era un especialista en el arte de contar historias. Un campeón en crear climas de suspenso, describir los caracteres de los personajes, los escenarios, las épocas y sobre todo, un genio en la improvisación. A todos maravillaba su capacidad para armar y aclimatar las escenas, como también la de ampliar en detalles tramas y argumentos. Méritos que en conjunto, le granjeaban la adicción del público más exigente: los niños, a los que atraía con sus relatos como la miel a las moscas.

Había que verlo en las tardecitas de primavera o verano, sentado sobre el escalón de la entrada de su casa, rodeado de una horda de chiquillos boquiabiertos e hipnotizados por sus narraciones. Los mocos relucientes, olvidados en los pliegues de sus caritas sucias y brillantes de asombro; anhelantes del viaje por la magia del cuento. No volaba una mosca,

ninguno osaba interrumpir el relato, y guay del que se distrajera y hablara, o tosiera más de una vez, pues la censura general con su imposición de silencio, no se le hacía esperar. Los cuentos vespertinos de don Gaetano eran sagrados: un verdadero patrimonio barrial. ¿A dónde vas tan apurado hijito? – gritaban desde ventanas alertas las madres del vecindario.

- ¡Voy a escuchar el cuento del nonno mamá! - respondía a la carrera el rezagado a la cita. Y ahí nomás se formaba la rueda en torno al viejo.

Los lunes a la tarde no se perdía ni a palos la matinée de cowboys que daban en el cine del pueblo. A la salida, seguía el ritual de su visita semanal a la casa de su hijo, el médico, padre de sus nietos Leticia y Julio, cuya casa quedaba a menos de dos cuadras de la sala. El lapso de dos horas que mediaba entre su llegada y la cena, era el momento de la propuesta infaltable: - ¡nonno, contanos la película! Y ahí nomás empezaba el encantador a retomar su trabajo de abuelo.

No exagero en nada al afirmar que era infinitamente más entretenido escuchar su relato que ir al cine. Prueba de ello, era que, en más de una ocasión, entusiasmados por la narración, iban a ver la cinta en cuestión con grandes expectativas, comprobando siempre que, o bien le habían cortado más de la mitad de las escenas, o bien el hombre la había estirado a su gusto y placer cabalgando sobre las variaciones y agregados más minuciosos. De tal forma, sumando detalles, introduciendo diálogos complementarios, o dilatando momentos con agregados personales, enriquecía una historia que hubiera requerido el triple del tiempo empleado en la filmación.

Cabe agregar, que nunca se develó el misterio de cómo siempre lograba concluir la narración justo un instante antes de que su nuera alentara a los comensales con el convocante llamado de “¡A la mesa...!”. Las historias, eso sí, nunca dejaban restos para el día siguiente.

Todo alrededor del nonno parecía transformarse en el decorado de un escenario mágico. Así pasaron los años, unos tras otros, durante los que más de una generación de purretes alentó las inigualables narraciones del consagrado puericultor de la imaginación, que, semana tras semana, sembraba de sueños e ilusiones aquellas cabecitas ávidas de fantasías.

Mas como hasta las flores mas perennes acaban por marchitarse, así llegaría el día del final del cuento de los cuentos: “Los cuentos de don Gaetano”.

Para Leticia, la noticia cayó como un golpe brutal e incomprensible. Fue un lunes de mañana en el que, sentada frente a su escritorio, se disponía a preparar su examen de Evolutiva.

El teléfono y la voz quebrada de Manucho, su padre, arañó su corazón desprevenido: ¡El nonno Leti... falleció esta mañana...un infarto... mientras desayunaba en la cocina...venite para casa!

Su primera gran pérdida. Su duelo original.

Después vendría lo del velorio y el entierro y la prolongación de los días con el cuerpo desbarrancándose por los cuatro costados del alma.

Todas estas cosas recordaba Leticia esa noche en la casa paterna, mientras arrastraba sus pies por la escalera que llevaba hacia el altillo. Tampoco con demasiada premeditación – una vez en él - abrió el contenedor donde la familia almacenaba las nostalgias, para rever el viejo álbum de fotografías.

Hincada frente al vetusto baúl, cuya tapa la saluda con la pereza de sus goznes, pronto lo tuvo entre sus manos. La cartulina amarillenta, enmarcando escenas de fiestas, paseos, vacaciones, abrazos, despedidas y reencuentros memorables, crepitaba a cada vuelta de hoja, como un reseco reproche ante el olvido.

Bostezó bajo la luz tenue de la lamparilla de 25 wats, que, balanceándose desnuda al extremo del cable roñoso, dibujaba sombras espectrales sobre los trastos polvorientos del ático. La pena la agotaba.

Sabía lo que buscaba. Lo sabía desde que pisó el primer escalón. Y ahí estaba la fotografía: la última, la más reciente, tomada ocho meses atrás el último verano; radiante ante la biblioteca de su departamento de estudiante recién alquilado. En la fotografía, Leticia rodeaba con ambos brazos la cintura del nonno, quien por sobre el hombro la miraba, condescendiente, acariciando la grácil cabeza veinteañera. Había sido tomada por ambos, usando el automático de la cámara, el día de la primera visita a la independencia de su nieta.

Leticia congeló su mirada en la contemplación de la escena, al tiempo que el recuerdo de aquel día apaciguaba su pecho acongojado y amodorraba su conciencia.

Justo en el momento en que se quedaba dormida, la lamparita parpadeó varias veces como anticipo de una oscuridad propiciatoria del sueño. Luego las sombras invadieron por completo el pequeño desván.

En su ensoñación, trataba de incorporarse lentamente, con el cuidado de no ensuciar su vestido al rozar los cachivaches apilados a su alrededor en el trastero, los que por obra de la magia del sueño, quedaron súbitamente transformados en parte del mobiliario de su departamento de estudiante. Mientras se desperezaba sobre el diván, dentro de su soñado despertar matinal, una mano suavemente posada sobre su hombro, la sorprendía en el mismo instante en que una espontánea claridad la despabilaba con un fulgor celestial.

- ¡Tutto e a posto cara! – decía el nonno depositando la taza de café con leche y dos medialunas en un plato sobre el escritorio. – Ya son las ocho y aquí está tu desayuno tal como a vos te gusta. Luego, si quieres te acompaño un rato hasta las diez leyendo il giornale mientras estudias.

Ella entonces se incorporaba para quedar ahora súbitamente sentada sobre su silla de estudio, mientras registraba a vuelo de mirada el entorno. La habitación estaba desordenada como habitualmente, los libros y apuntes por todas partes, varios de los cuales reposaban abiertos sobre sillas, sillones y hasta en la alfombra.

- ¡Nonno, nonnito ... buen día! ... ¡yo... me quedé dormida!

- Te quedaste dormida estudiando Leti – continuó el abuelo en su español italianizado – meno male que tengo la chiave de la porta, sino no sé come hubiera hecho per despertarte; dicho lo cual, comenzó a acomodarse en el viejo monterrey desplegando el periódico recién comprado.

Algo desconcertada todavía, aunque a la vez con lucidez, Leticia consumió su desayuno sin despegar la mirada de la serena figura del anciano.

Después, habiendo asumido un ligero aseo en el minúsculo baño, llegó la decisión de postergar el estudio para más tarde.

- Nonno, ¿sabés que todavía tengo tiempo para el examen? - improvisaba Leticia en su quimera – ¿Qué te parece si vamos a pasear un rato por la plaza? , Sin proponérselo de antemano, había sentido unas ganas enormes de caminar la vereda tomada del fuerte brazo.

El hombre parecía no oírla, por lo que ella subió el tono de su voz ,provocándole un sobresalto:

- ¡Nonno!

- ¡Ma, cosa vuoi cara! – respondió ahora el viejo desde su sorpresa.

La actitud y el gesto de asombro la enternecieron; hasta el punto de hacerla desistir del paseo, trocándolo por algo más íntimo.

- Quiero... que me cuentes un cuento.

- Él vacilo unos instantes, antes de contestar: Ma, ¡sei grande abbastanza para que el nonno te cuente cuentos!... ¿e perché ora?

- Es que hace mucho que no me contás uno nonito... y aparte - agregó apenada y sin entender por qué: porque los cuentos... los cuentos nunca se mueren...

El entusiasmo, ahora venía mezclado con cierta sensación de opresión en el pecho, algo así como una esperanza que se agota en la conciencia de la improbabilidad de lo que anhela.

No obstante, el ajado cuerpo se acomodó sobre el pequeño sillón y, mientras dejaba el diario sobre el escritorio la voz cadenciosa comenzó a decir...

- Bueno... ¡había una vez...!

La escena, imprevistamente comenzó a borronearse, a la par que todo el cuerpo de ella comenzaba a temblar abruptamente y la última palabra alejaba su intensidad sonora como huyendo por laberintos insondables.

Ahora era su madre quién linterna en mano zamarreaba el hombro de Leticia mientras le recriminaba a sus espaldas:

- ¡Ves, te dije que no te quedaras sola en esta buhardilla pulgienta! Me has dado el susto de mi vida. No te encontraba por ningún lado. ¡Te has quedado dormida a oscuras en medio de toda esta mugre!... ¿Y qué pasó con la luz?

- Lo siento mamá, perdóname; que suerte que trajiste la linterna, creo que se quemó la lamparita.... – contestó la joven despabilándose como mejor podía, al tiempo que masajeaba suavemente su mejilla izquierda.

- Ya bajo enseguida.

Tras iluminar los pasos de su madre hacia la salida, volvió a dirigir la luz sobre el álbum semiabierto, caído ahora dentro del baúl.

Previo a cerrarlo con delicadeza se detuvo a contemplar una vez más la memorable fotografía. Luego, lo acomodó con suma dulzura entre las demás reliquias.

Se incorporó, y antes de bajar la tapa del gran cofre, quiso todavía rozarlo con la yema de sus dedos a modo de despedida de un viejo amigo, quien por una vez más, le había devuelto a su nonno.

Octubre de 2011.